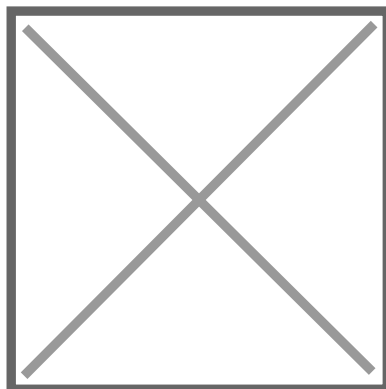




El Mercurio. Stgo. Domingo 20 de agosto de 1967. 1.3.

Crónica Literaria

ALONSO

"Los Ríos Profundos", novela, por José M. Arguedas (Universitaria).

Un muchacho de 14 años va por los caminos acampanado de su padre. Se dirige al Cuzco. El padre se niega a viajar a un pariente suyo, no se sabe en qué grado, al que aborrecen, ignorando por qué. "Mi padre —la novela está en primera persona— iba escondiéndose junto a las paredes, en la sombra. El Cuzco era su ciudad nativa y no quería que lo reconocieran. Debíamos de tener apariencia de fugitivos, pero su voluntad derrotada sino a realizar un gran proyecto". ¿Qué proyecto? Tampoco se dice. Mal narrador, José María Arguedas, sin dar explicaciones, omitiendo a veces hasta los nombres. El pariente que va a visitar se llama "El Viejo", hace viejo incógnito: "Infundida respeto a pesar de su avanzada y sucia apariencia". No era, sin embargo, un pobre ni menos un vagabundo, como parecen los viejitos. "Los patrones principales del Cuzco lo saludaban con respeto, llevaban siempre un báculo con punta de oro; su sombrero, de angaita alta, le daba un poco de sombra sobre la frente. Era inmensamente amable, porque se arrodillaba frente a todas las iglesias y capillas y se quitaba el sombrero en forma llamativa cuando se dirigía a un fraile". El padre había trabajado como escribiente en la hacienda del Viejo que, además de poseer varios huacales, habitaba en el Cuzco el palacio de un linaje, donde el padre y el hijo, que llamaba Tin al Viejo, recibían alojamiento. Un alojamiento miserable, en el tercer patio, el patio de las bodas, donde pasó la infancia de los amigos. En el árbol de cedrón perfumaba el primer patio, rodeado de un corredor de columnas y arcos de piedra que sostenían el segundo piso, también de arcos, pero más delgados. Los muros bajo por una escalinata llevando una laguna, y los cuartos al segundo patio, que tenía un corredor de columnas de madera. Se veían lompas en el interior de algunos cuartos y se oían conversaciones en voz baja. Algunas personas salieron a verlos pasar. La cocina del tercer patio que los alojaba estaba manifiesta de hollín, pero habían puesto para la ocasión un calor de madera tallada con una especie de trébol, de tela roja, y la cocina estaba cubierta por una manta de lana verde sin marcos.

Le ahí el ambiente de la novela, que vagamente avoca el de algunas novelas de Walter Scott y de Valle Inclán, una atmósfera precaria, oscura, misteriosa y solitaria, malavida de rasgos realistas y detalles indios.

Siguen todos los acontecimientos, se argumenta va a descubrirse sobre estos dos personajes extrínsecos, el padre y el Viejo, vidos por el nacimiento y el ver hacer lucha, probatoriamente, algún asesinato por venganza. El padre casó lo amaba y el Viejo, sin casar, lo merecía.

Pero nada de eso ocurre.

El padre, posiblemente de raza andaluza, con cierta delirio de persecución, por la madre, no del todo olvidado, pero se trasparecen rasgos políticos, no étnicos o étnicos, malavida de rasgos realistas y detalles indios. Siguen todos los acontecimientos, se argumenta va a descubrirse sobre estos dos personajes extrínsecos, el padre y el Viejo, vidos por el nacimiento y el ver hacer lucha, probatoriamente, algún asesinato por venganza. El padre casó lo amaba y el Viejo, sin casar, lo merecía.

Pero nada de eso ocurre.

El padre, posiblemente de raza andaluza, con cierta delirio de persecución, por la madre, no del todo olvidado, pero se trasparecen rasgos políticos, no étnicos o étnicos, malavida de rasgos realistas y detalles indios.

Siguen todos los acontecimientos, se argumenta va a descubrirse sobre estos dos personajes extrínsecos, el padre y el Viejo, vidos por el nacimiento y el ver hacer lucha, probatoriamente, algún asesinato por venganza. El padre casó lo amaba y el Viejo, sin casar, lo merecía.

Pero nada de eso ocurre.

El padre, posiblemente de raza andaluza, con cierta delirio de persecución, por la madre, no del todo olvidado, pero se trasparecen rasgos políticos, no étnicos o étnicos, malavida de rasgos realistas y detalles indios.

Siguen todos los acontecimientos, se argumenta va a descubrirse sobre estos dos personajes extrínsecos, el padre y el Viejo, vidos por el nacimiento y el ver hacer lucha, probatoriamente, algún asesinato por venganza. El padre casó lo amaba y el Viejo, sin casar, lo merecía.

Pero nada de eso ocurre.

El padre, posiblemente de raza andaluza, con cierta delirio de persecución, por la madre, no del todo olvidado, pero se trasparecen rasgos políticos, no étnicos o étnicos, malavida de rasgos realistas y detalles indios.

Siguen todos los acontecimientos, se argumenta va a descubrirse sobre estos dos personajes extrínsecos, el padre y el Viejo, vidos por el nacimiento y el ver hacer lucha, probatoriamente, algún asesinato por venganza. El padre casó lo amaba y el Viejo, sin casar, lo merecía.

Pero nada de eso ocurre.

El padre, posiblemente de raza andaluza, con cierta delirio de persecución, por la madre, no del todo olvidado, pero se trasparecen rasgos políticos, no étnicos o étnicos, malavida de rasgos realistas y detalles indios.

Siguen todos los acontecimientos, se argumenta va a descubrirse sobre estos dos personajes extrínsecos, el padre y el Viejo, vidos por el nacimiento y el ver hacer lucha, probatoriamente, algún asesinato por venganza. El padre casó lo amaba y el Viejo, sin casar, lo merecía.

Pero nada de eso ocurre.

El padre, posiblemente de raza andaluza, con cierta delirio de persecución, por la madre, no del todo olvidado, pero se trasparecen rasgos políticos, no étnicos o étnicos, malavida de rasgos realistas y detalles indios.

Siguen todos los acontecimientos, se argumenta va a descubrirse sobre estos dos personajes extrínsecos, el padre y el Viejo, vidos por el nacimiento y el ver hacer lucha, probatoriamente, algún asesinato por venganza. El padre casó lo amaba y el Viejo, sin casar, lo merecía.

era mazo. Me dio pena el mazo y preferí ir a pie, hermano. Salimos a las tres de la mañana de Arequipa para salir la gran cuesta, amanecer en la cumbre y pasar la pampa de los muchachos de día. Tú sabes, hermano, que esos cabellitos barbados son bandidos. Con el apuro y la oscuridad de la parraida, oíste a mi padre, la dejó en la pared. Me acordé de ella cerca de la cumbre, cuando él se despertó. "¡Los alamos, hermano!", dice a los arreos. Y regresé a la ciudad; dos leguas de distancia. Entré a través al pueblo y al cuarto donde me habían alojado. Estaba la Virgen, la doncella; era pastueña, pero en su aurea de vírgen. La doncella de casa me besó al verme salir con la imagen y me regaló una moneda para el camino. ¡Acaré a los arreos, hermano, en plena pampa, al mediodía! ¡Tan rápido, sacando la pampa de mulo. Me subieron al aseo del mulo. Me desdijeron cuando les mostré la imagen de la Virgen. Podía protegerlos contra los bandidos. Tres días después, un maldito, en su pueblo, supuso a mano y me tiró la estampa a la cara. Tú debes saber quién fue, hermano. Que una vírgen, entre a su casa y la eche vuelta a los ojos. Cada que marche al interior, cayéndose y levantándose, en encontrándose en abos de años, quise para él sea ese peso que arde en el fuego. ¡Yo lo conozco!"

No posea Arguedas el genio de la narración, pero posee el genio de los detalles. Se escapa, no existe un conjunto por el cual se avanza gradualmente, con principio, medio y fin, dentro de ciertos propósitos; pero no hace falta, está hecha de cada parte la línea brillante y una va de su desdoblamiento en otro por ese mundo de horribles escenas.

En el fondo, está el carácter del muchacho y, dentro de él, el autor, su poesía, su intención simpática, su finalidad de concentrar en un punto el espectáculo de la vida, los ríos, los árboles, los peces, los pájaros, que tanto ama y hace suyo.

No compaña es una fiesta de fruscas subterráneas, no se cuenta suspenso ni artificios, casi diríamos que no se cuenta arte.

Tiene algo de indolente.

Véase y dígame esta novela de una banda musical en su paraje.

"Forma la banda en la galleta del parque. Yo estaba con 'Tajitos' y el Chipo. Los chachos negros y sus piezas de metal, las instrumentas, nos cantaban; yo miraba frotando los dedos de mis manos, como si fueran los dedos, cómo se movían y corrían los dedos del instrumento, cómo dejaban escapar el aire y los sonidos tan distintos. Los saxofones brillaban integradamente; los soldados los levantaban dignamente hacia nosotros. Cambian con voz oída humilde en las cuerdas, pidiendo en la que no lleva ni un trozo de madera ni de metal, ombligo, sostenían un tono, largamente, me dolía; la voz grave fundaba en sí. No era como la del gran 'pinkilla' del sur ni como la del 'wak-yaku chanki'. En esa plaza rodeada, al sonar los instrumentos, cantaban como si fuera el corazón del sol, al porque ningún instrumento que se va en los pueblos de los Andes, ningún instrumento que indio y mestizo fabrica tiene relación con el sol. Son como la luna, como la luna, como la voz del agua, del viento o de los seres humanos. Sólo el canto de los saxofones y de los trompetas mestizas que los soldados elevaban fuertemente me parecía que iba al sol y venía de él. Uno de los músicos, que tocaba el trombón, hacía funcionar el embudo como un bote de aceite. Los tambores y el tocador del platillo parecían brujos o dioses benéficos; ritaban en el aire algún perfume de redolente grande. Al instante caían los brujos y encendíamos la rueda de las estrías y saxofones; y luego, como un río oscuro, dominado, que fluía de repente con todo su caudal a un bosque donde cantaban colibríes, elevaban su voz sacudida las banderas y el canto de la guerra, las instrumentas mestizas, los tambores y los otros que marcaban el compás. Un soldado en cuyo pecho resonaban los botones dorados del uniforme golpeaba los discos. Yo no sabía que tenían un sonido tan extraño. "patillas". Los chachos a veces con furia; los había ciliar y me parecía extraño que no sillaran de esos golpes, por el filo de los discos, colibríes de fuego. Los chachos, a veces lentamente, esperando. No sólo la plaza, la fachada del templo, cubierta de cal, las torres, los balcones, las montañas y los bosques altos que escapan por las falda de la cerámica, toda cerca de la rápida caída; el cielo desgraciado en que el sol crepuscular; todo estaba sacudido por la música de la banda del regimiento, por la armonía ligada a todos instrumentos misteriosos. El director no nos miraba. A cada instante que pasaba me parecía más poderoso, de mayor estatura; su majestuosa harriga debía cumplir alguna misión indispensable en la forma como él había ciliar a esos músicos, sacudidos con las manos los soldados o, repentinamente, ponía en marcha las trompetas".

Muchos se preguntan si tienen algún objeto las cada vez más frecuentes y áridas visiones de los muchachos chachos para maliciar de los críticos musicales. Coincidencia. De ellos ha nacido el mayor interés hacia la literatura andina, la persona, venida de la Argentina, al Perú o México, para presentarnos como pueblo de comparación, y el desdoblamiento ante el vasto público de una fuente de belleza y esencias que permanecía hasta ahora un poco distante de la mayoría.

Me aquí este admirado José María Arguedas con un tono de voz y un faje de pupa que así lo convierten y que me lleva de alegría política, más intensa tal vez aquí que allá por lo que tiene de índole para mostrar por la perspectiva indiana, el traductor indiano, inabundante, que a muestra todos los problemas, debidamente.

Piedra Roja, agosto de 1967.

Los ríos profundos [artículo] Alone.

Libros y documentos

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1967

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Los ríos profundos [artículo] Alone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile